

IV.

Durante la tarde de aquel mismo día, pensó Pedro, puesto que tenía tiempo sobrado, en comenzar sus correrías por Roma con una visita que deseaba de todo corazón hacer. Al parecer su libro recibió una carta procedente de la misma ciudad, que le emocionó é interesó mucho; una carta del anciano conde Orlando Prada, el héroe de la independencia italiana, que, sin conocerle, escribíale impresionado por la primera lectura. Aquella carta era, en sus cuatro páginas, una inflamada protesta, un grito de patriótica fe, juvenil aun en el anciano, acusándole de haber olvidado á Italia en su obra, reclamando á Roma, á la «Nueva Roma» para la Italia unificada y libre al fin. A esa carta siguió una correspondencia sostenida, y el presbítero, sin ceder nada del ensueño que hacía el neocatolicismo el salvador del mundo, empezó á apreciar desde lejos al hombre autor de aquellas cartas en las que ardía un amor tan grande á la patria y á la libertad. Habíale avisado su viaje prometiendo ir á verle. Pero á la sazón la hospitalidad que aceptó en el palacio Bocanera, parecía que le impedía obrar con entera libertad, porque se le figuró poco correcto, después de tan cariñosa acogida de

Benedetta, dirigirse desde el primer día á visitar, sin indicárselo, la casa del padre del hombre de cuyo lado huiera ella y contra el que entabló demanda de divorcio. Y esto resaltaba tanto más, cuanto que el anciano Orlando vivía con su hijo en un pequeño palacio que éste último había mandado construir en lo alto de la calle del 20 de Septiembre.

Pedro, quiso ante todo confiar sus escrúpulos á la *contessina* en persona. Sabía por otra parte, por habérselo así manifestado el vizconde de la Choue, que Benedetta profesaba filial ternura, no exenta de admiración, al héroe. En efecto, cuando después de almorzar empezó á darla cuenta de su apuro, al oír sus primeras palabras, exclamó Benedetta:

—¡Pero, señor abate, si debéis ir en seguida! ¡Id pronto, pronto! Habéis de saber que el anciano Orlando es una de nuestras glorias nacionales y no os debe admirar el oírme expresar de esa manera y darle ese nombre, por que toda Italia se lo dá por gratitud y por cariño. En cuanto á mí crecí en una sociedad que le execraba, que le calificaba de Satanás. Más adelante le conocí, le traté y le amé, porque es el hombre más cariñoso y justo que existe sobre la tierra.

Sonrióse Benedetta, mientras que discretas lágrimas humedecían sus ojos, sin duda al recordar el año vivido allá abajo, en aquella mansión de violencia, en donde las únicas horas tranquilas que pasó fué al lado del anciano. Bajando la voz y temblando, añadió:

—Puesto que vais á verle, decidle de mi parte que le quiero y respeto siempre y que, suceda lo que quiera, jamás olvidaré sus bondades.

Mientras que se dirigía en coche á la calle del 20 de Septiembre evocó Pedro esa historia heroica del anciano Orlando, que había hecho que le contasen. En ella se encontraba en plena epopeya, en la fe, en el valor y en el desinterés de otras edades.

El conde Orlando Prada, de noble familia milanesa se enardeció desde muy joven con tal odio al extranjero, que, cuando apenas había cumplido los quince años formaba ya parte de una sociedad secreta, de una de las ramificaciones del antiguo carbonarismo. Aquel odio á la

dominación austriaca venía de muy lejos, de la época de las antiguas rebeliones contra la servidumbre, cuando los conspiradores se reunían en el fondo del bosque en cabañas abandonadas, y ese odio se exasperó aún más con el ensueño secular de la Italia libertada entregada á sí misma, volviendo á ser la gran nación soberana digna hija de los antiguos conquistadores y señores del mundo. ¡Ah! ¡Qué ensueño más ardiente y soberbio el de librar del largo oprobio á aquella tierra gloriosa de pasadas épocas, á aquella Italia desmenuzada, desmembrada y presa de una porción de tiranuelos ó continuamente invadida y poseída por las naciones vecinas! Batir al extranjero, expulsar á los déspotas, despertar al pueblo de la vil miseria de su esclavitud, proclamar la Italia libre, la Italia una, era la pasión que por entonces hacía enardecer la juventud como una llama inextinguible y que hizo estallar de entusiasmo el corazón del joven Orlando. Vivió durante su adolescencia en santa indignación y con la fiera impaciencia de dar su sangre á la patria y morir por esta si no la libraba.

Vivía Orlando retirado en el fondo del antiguo hogar de su familia, estremeciéndose bajo el yugo y perdiendo el tiempo en vanas conspiraciones. Acababa de casarse y tenía veinticinco años, cuando llegó la noticia de la huida de Pío IX y de haber estallado la revolución en Roma. De una manera brusca lo abandonó todo, hogar y esposa, para correr á Roma como llamado por la voz de su destino. Era la primera vez que iba á correr tierras para conquistar la independencia ¡y cuántas veces iba á tener que ponerse en campaña sin cansarse jamás! Entonces conoció á Mazzini y se apasionó un momento por aquella figura mística de republicano unitario. Soñando también Prada con la república universal, adoptó la divisa mazziniana: «Dio e popolo» y siguió la procesión que recorrió con gran pompa la Roma de la revuelta. Hallábanse en una época de grandes esperanzas, trabajada ya por la necesidad de una renovación del catolicismo, á la espera de un Cristo humanitario encargado de salvar al mundo por segunda vez. Pero muy pronto un hombre, un capitán de los tiempos pasados, Garibaldi, en la aurora de su gloria épica, se apoderó de él por completo y lo convirtió en un soldado

de la libertad y de la unidad italiana. Adoróle Orlando como á un dios, se batió como héroe á su lado, tomó parte en la batalla y en la victoria de Rieti sobre los napolitanos, le siguió después á su retiro de obstinado patriota cuando fué en socorro de Venecia, obligado á abandonar á Roma al ejército francés del general Audinot que fué á restablecer á Pío IX en su solio ¡y qué aventura tan extraordinaria y locamente valiente! ¡Aquella Venecia, que Manin, otro gran patriota, un mártir, había hecho republicana y que desde hacía muchos meses se resistía á los austriacos! ¡Y aquel Garibaldi que, con un puñado de hombres emprende la marcha para libertarla, y fleta luego trece barcas de pesca de las que deja ocho en un combate naval, viéndose obligado á regresar á las playas romanas perdiendo lastimosamente á su esposa Anita, cuyos ojos cierra antes de regresar á América, en donde había vivido antes esperando la hora de la insurrección! ¡Ah! ¡Aquella tierra italiana rugiente en esa época con el fuego interior de su patriotismo, que hacía brotasen en cada ciudad hombres de fe y de valor, y las continuas revueltas que estallaban en todas partes como erupciones y que en medio de los fracasos iban á pesar de todo é invenciblemente y sin desviarse al triunfo!

Orlando regresó á Milán, al lado de su esposa, y allí vivió dos años oculto, impaciente, con la esperanza del glorioso mañana, que tardaba tanto en presentarse. Le enterneció una dicha en medio de su fiebre: tuvo un hijo, Luis, más el hijo costó la vida á su madre y eso fué un duelo. Y no pudiendo permanecer en Milán, en donde la policía le vigilaba y molestaba, haciéndole sufrir demasiado la ocupación extranjera, decidióse Orlando á realizar los restos de su fortuna y después se retiró á Turín, al lado de una tía de su esposa, que se hizo cargo del niño. Como gran político, trabajaba entonces el conde de Cavour á favor de la independencia y preparaba al Piamonte para el papel decisivo que debía representar. Era la época en que el rey Víctor Manuel acogía con halagadora bondad á cuantos refugiados se le presentaban procedentes de toda Italia, aun cuando supiese que eran republicanos comprometidos y fugitivos á consecuencia de las insurrecciones populares. En aquella ruda y astuta casa de Saboya, venía

madurándose desde hacía muchísimos años el ensueño de realizar la unidad italiana en provecho de la monarquía piamontesa. Orlando no ignoraba en modo alguno bajo qué señor se alistaba; pero ya en él el republicano había cedido su lugar al patriota y no tenía fe en una Italia hecha en nombre de la república, colocada bajo la protección de un papa liberal como Mazzini la imaginara un momento, ¿no era aquella una quimera que devoraría las generaciones si mostraban testarudez en sostenerla? Por su parte se negaba á morir aún sin haber dormido en Roma, conquistándola. Dejándole la libertad, quería la patria reconstituida y erguida, viviente al fin, bajo el sol. Así se explica la fiebre venturosa con que, cuando estalló la guerra de 1859, se alistó como voluntario, ¡y cómo debió latir su corazón, que quería saltársele del pecho, en los momentos en que después de la batalla de Magenta, entró en Milán con el ejército francés, en aquel Milán del que ocho años antes saliera proscrito y con el alma desesperada! A continuación de Solferino, el tratado de Villafranca fué una amarga decepción; Venecia escapaba, Venecia continuaba cautiva, empero habíase reconquistado el Milanésado, lo mismo que la Toscana y los ducados de Parma y de Módena, que votaron su anexión. Al fin íbase formando el núcleo del astro y la patria italiana alrededor del Piamonte victorioso.

Después, al año siguiente, Orlando entró otra vez en la epopeya. Garibaldi volvió de sus estancias en América, rodeado de una leyenda, del brillo de sus hazañas en las Pampas del Uruguay, de una travesía extraordinaria de Canton á Lima, se presentó para batirse en 1859, adelantándose al ejército francés y derrotando á un mariscal austriaco, entró en Como, Bergamo y Brescia. De pronto se supo que había desembarcado sólo con mil hombres en Marsala, los Mil de Marsala, el puñado ilustre de valientes. Orlando se batió en primera fila. Palermo resistió tres días y fué vencido. Convertido en el lugarteniente favorito del dictador, le ayudó á organizar el gobierno, cruzó en seguida, en su compañía el estrecho y á su lado se halló en la entrada triunfal de Nápoles, de donde había huido el rey. Era una locura de audacia y de valentía, la explosión de lo inevitable, circulando toda clase de historia

sobrehumanas, Garibaldi invulnerable, protegiéndole su roja garibaldina más que la mejor templada de las armaduras; Garibaldi derrotando los ejércitos enemigos, nada más que con blandir en alto su flamígera espada, como un arcángel. Por su parte los piemonteses, que acababan de derrotar al general Lamoricière, invadieron los Estados Romanos. Orlando estaba á su lado cuando el dictador, dimitiendo el poder, firmó el decreto de anexión de las Dos Sicilias á la corona de Italia; del mismo modo tomó parte igualmente en la desesperada tentativa que, al grito de «Roma ó la muerte», terminó trágicamente en Aspromonte, dispersados los voluntarios por el ejército italiano, Garibaldi, herido, cayó prisionero y fué enviado á la soledad de la isla de Caprera; en donde no fué más que un labrador.

Los seis años de espera que siguieron á estos sucesos los vivió Orlando en Turín, hasta cuando eligieron á Florencia como nueva capital. El Senado aclamó á Víctor Manuel rey de Italia y en efecto, la Italia estaba hecha, no faltándole más que Roma y Venecia. En adelante parecían haberse concluído los grandes combates y haberse cerrado la era de la epopeya. Venecia iba á ser entregada por la derrota. Hallóse Orlando en la desgraciada batalla de Curtzoza, en donde recibió dos heridas que no le hicieron sufrir tanto como la pena que experimentó su corazón al creer por un momento que Austria iba á triunfar. Mas en aquel mismo momento, Austria batida en Sadova perdió el Véneto. Orlando quiso hallarse cinco meses después en Venecia para gozar de la alegría del triunfo el día en que Víctor Manuel hizo su entrada triunfal en medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo. Roma era la única que aun quedaba y un frenesí de impaciencia impulsaba hacia ella á Italia entera, á la que sin embargo contenía el juramento hecho por la Francia amiga de sostener al papa. Por tercera vez soñó Garibaldi renovar las legendarias proezas y se arrojó sobre Roma, libre de todo lazo, como capitán de aventuras, al que el patriotismo ilumina. Y por tercera vez Orlando tomó parte en aquella locura de heroísmo que debía estrellarse en Mentana contra los zuavos pontificios, á los que ayudaba un reducido cuerpo de ejército francés. Herido de nuevo, regresó casi

moribundo á Turín. Con el alma estremecida, tuvo que resignarse ante aquella situación al parecer insoluble. De pronto estalló el trueno en Sedán, el aplastamiento de Francia y el camino de Roma quedó libre; y Orlando, que había vuelto á formar parte del ejército italiano, figuró entre las tropas que ocuparon posiciones en la campaña romana para asegurar la seguridad de la Santa Sede, conforme á los términos de la carta que escribiera Víctor Manuel á Pío IX. No hubo por otra parte más que un simulacro de combate y los zuavos pontificios del general Kanzler, tuvieron que replegarse. Orlando fué uno de los primeros que penetró en la ciudad por la brecha de la puerta Pia. ¡Ah! Ese veinte de Septiembre fué el día en que experimentó la alegría más grande de su vida, un día de delirio, de triunfo completo en el que se realizó el sueño de tantos años de terribles luchas y por el cual había sacrificado tranquilidad, fortuna, inteligencia y carne.

A esto siguieron aún más de diez años venturosos en aquella Roma conquistada, en aquella Roma adorada, ensalzada y mimada como una mujer en la que se concentraron todas las esperanzas. ¡Esperaba de ella un tan gran vigor nacional, una tan maravillosa resurrección de fuerza y de gloria para la juvenil nación! El antiguo republicano, el soldado insurrecto que había sido, tuvo que resellarse y formar en fila como tantos otros, y aceptar un sitial senatorial; ¿no iba Garibaldi mismo, su dios, á visitar al rey y tomar asiento en el Parlamento? Sólo Mazzini con su intransigencia no quiso aceptar una Italia unida é independiente que no fuese republicana. Hubo además otra razón que decidió á Orlando, y fué ésta el porvenir de su hijo Luigi, que cumplió dieciocho años al día siguiente de la entrada en Roma. Si el padre se conformaba con las migajas de su fortuna de antaño consumida al servicio de la patria en cambio, para el hijo que adoraba, soñaba con grandes destinos. Comprendió perfectamente que la edad heroica habíase concluído y quiso hacer de aquél un gran político, un gran administrador, un hombre útil á la nación soberana del día siguiente, y por eso fué por lo que no rechazó el favor real, la recompensa de su prolongada adhesión, queriendo estar allí presente, ayudar á Luigi,

dirigirle y vigilarle. ¿Estaba él mismo tan envejecido, tan acabado, que no podía ser útil en la organización como creía haberlo sido durante la conquista? Colocó á su hijo en el ministerio de Hacienda, porque le llamó la atención la inteligencia que demostraba en la cuestión de negocios, adivinando tal vez así, por un sordo instinto, que la batalla iba á continuar entonces en el terreno financiero y económico. Y de nuevo vivió entre sueños, creyendo siempre con entusiasmo en su porvenir espléndido, desbordando una esperanza ilimitada, contemplando como Roma doblaba la población, ensanchándose con una loca vegetación de barrios nuevos para llegar á ser, ante sus ojos de amante entusiasmado, la reina del mundo.

De una manera brusca estalló el rayo. Una mañana, al bajar la escalera, sufrió Orlando un ataque de parálisis, y las dos piernas se le quedaron como muertas con la pesadez del plomo. Tuvieron que cogerle y subirle, y nunca más volvió á poner los pies en la calle. Acababa entonces de cumplir cincuenta y seis años y hacía catorce que no abandonaba su sillón al que estaba sujeto con la inmovilidad de la piedra, él, que en otros tiempos corrió con tanto entusiasmo todos los campos de batalla de Italia. Daba gran lástima aquel anonadamiento del héroe. Y fué lo peor el que aquel veterano soldado desde la habitación, en la que la enfermedad teníale como prisionero, asistió al lento derrumbamiento de todas sus esperanzas, dominándole horrible melancolía con el miedo inconfesado del porvenir. Desde que la embriaguez de la lucha no le cegaba y pasaba días y noches reflexionando, lo veía todo claro. Aquella Italia que deseaba tan pujante, tan triunfante con su unidad, obraba locamente, y corría á su ruina, á la bancarrota quizás. Aquella Roma, que para él fué siempre la capital necesaria, la ciudad de gloria sin igual que convenía al pueblo rey de mañana, parecía como que se negaba á desempeñar su papel de gran capital moderna é inerte, como una muerta pesaba con el peso de los siglos sobre el pecho de la juvenil nación. Tenía además á su hijo, á su Luigi, que le desesperaba, pues rebelde á toda dirección, habíase convertido en uno de los hijos devoradores de la conquista que se arremolinaban al cálido despedazamiento de esa Italia y de esa Roma, que su padre parecía haber

ambicionado únicamente para que él la saquease y engordase con sus despojos. En vano se opuso á que abandonase el ministerio, á que se lanzase al agio desenfrenado sobre terrenos é inmuebles que determinó la época de la demencia de los barrios nuevos. Le idolatraba á pesar de todo y veíase reducido al silencio, sobre todo á la sazón, que había salido con bien de las operaciones financieras más arriesgadas como le sucedió con la transformación de la antigua villa Montefiori en una verdadera *villa*, negocio colosal, en el que los más ricos se arruinaron y del que Luigi sacó muchos millones. Y Orlando, desesperado y mudo se empeñó en no ocupar, en el palacio que su hijo había mandado construir en la calle del 20 de Septiembre, nada más que una humilde habitación en la que, como enclaustrado, acababa sus días en compañía de un antiguo criado, no queriendo aceptar de su hijo más que aquella modesta hospitalidad y viviendo pobremente con sus menguadas rentas.

Cuando Pedro llegó á esa nueva calle del 20 de Septiembre, abierta en un costado y en la cima del Viminal, llamóle la atención la pesada suntuosidad de los nuevos palacios, en los que se revelaba el gusto hereditario de lo enorme. En aquella cálida arde de oro viejo con purpúreos matices, esa calle ancha y triunfal con sus dos filas de fachadas interminables y blancas, revelaba cuán grandes eran la orgullosa esperanza de porvenir de la Nueva Roma y el deseo de soberanía que había hecho surgir del suelo tan enormes edificios. Quedóse sobre todo asombrado ante el ministerio de Hacienda, gigantesco montón, cubo ciclópeo en el que las columnas, los frontispicios, los áticos y las esculturas abundan, se amontonan, formando un mundo desmesurado, parido en un día de orgullo por la locura de la piedra. Y era allí, enfrente, un poco más arriba, antes de llegar á la villa Bonaparte, en donde se levantaba el no muy grande palacio del conde Prada.

Después de pagar al cochero quedóse Pedro parado un momento. Estaba abierta la puerta y penetró en el vestíbulo; pero allí no se veía á nadie, ni portero ni criados. Tuvo que decidirse á subir al primer piso. La escalera, monumental y con balaustrada de mármol, reproducía en pequeño las exageradas dimensiones de la escalera de ho-

nor del palacio Boccanera. Y allí había la misma fría desnudez templada por una alfombra y unos cortinones rojos que se destacaban con violencia sobre el blanco fondo del estuco de las paredes. En el primer piso se encontraban las habitaciones destinadas á recepción, de cinco metros de elevación y de cuyos sillones apercibió la larga hilera á través de una puerta entreabierta; salones alhajados con una riqueza completamente moderna con profusión de tapices, terciopelos y rasos, de muebles dorados y de elevados espejos en los que se reflejaba el amontonamiento fastuoso de las consolas y de las mesas. Y siempre sin ver á nadie, ni un alma en aquella casa como abandonada, en la que se adivinaba la ausencia de la mujer. En el momento en que iba á volver á bajar para llamar, presentóse al fin un criado.

—¿El señor conde Prada?

El criado miró en silencio al presbítero y pareció que comprendía de lo que se trataba.

—¿El padre ó el hijo?

—El padre, el señor conde Orlando Prada.

—Subid al tercer piso.

A estas palabras se dignó añadir una explicación.

—La puertecita de la derecha en el corredor. Llamad fuerte para que os oigan y abran.

En efecto, tuvo Pedro que llamar dos veces. El que salió á abrirle, diciendo, para excusarse de no haberlo hecho en seguida, estar arreglando las piernas á su amo, fué un viejecito acartonado, de aspecto militar, un antiguo soldado del conde que se había quedado á su servicio. En seguida anunció la visita á Pedro y éste, después de atravesar una oscura y estrecha antecámara, quedóse sorprendido al ver el aspecto de la habitación en que entraba, pieza relativamente pequeña, desprovista de todo adorno, blanca y sencillamente empapelada con un papel claro con florecillas azules. Detrás de un biombo no había más que una cama de hierro, el lecho del soldado, y ningún mueble más que el sillón en que el impedido pasaba los días, una mesa de madera pintada de negro y cubierta de libros y periódicos y dos antiguas sillas de paja que servían para que se sentasen las contadas visitas que recibía. En una

de las paredes había unas cuantas tablas que hacían el servicio de biblioteca, y la ventana sin cortinas ni visillos, rasgada y ancha, se abría sobre el panorama más admirable de Roma que verse pueda.

Desapareció luego la habitación, y Pedro no vió más que al anciano Orlando, y le dominó repentina y profunda emoción. Era un viejo león encanecido, soberbio aun, muy fuerte y alto. Un bosque de pelo blanco coronaba una cabeza poderosa, de boca gruesa, nariz grande y aplastada, y grandes ojos negros y chispeantes. Tenía una larga barba blanca de un vigor de juventud y rizada como la de un dios. En aquella geta leonina adivinábanse las terribles pasiones que debieron rugir, pero todas, tanto las carnales como las intelectuales, hicieron erupción en patriotismo, en valor temerario y en un amor desordenado de independencia. Y allí estaba inmóvil el antiguo héroe, herido cual la encina por el rayo, con el busto siempre erguido y recto, inclinado en un sillón de paja, con las piernas muertas, enterradas, ocultas entre una manta negra. Solos los brazos y las manos eran los que vivían y sola la faz estallaba en fuerza é inteligencia.

Habíase vuelto Orlando hacia su servidor para decirle con dulzura:

—Puedes marcharte, Batista. Vuelve dentro de dos horas.

Después y mirando á Pedro cara á cara exclamó con su voz aun sonora, á pesar de sus setenta años:

—¡Al fin os vemos, querido señor Froment, y vamos á poder hablar á nuestras anchas! Sentáos en esa silla, ahí enfrente de mí.

Observó el conde la mirada de sorpresa que el presbítero dirigió á la desnudez de la habitación, y añadió alegremente:

—Me perdonaréis por recibirlos en mi celda. Sí, vivo aquí como un monje, como un viejo soldado retirado para siempre, separado del movimiento de la vida... Mi hijo me atormenta aún para que me instale en una de las hermosas habitaciones de abajo, ¿y para qué? No tengo ninguna necesidad, no me gustan los lechos de pluma, porque mis viejos huesos están acostumbrados á la dura tierra... Y además aquí gozo de una vista hermosísima, la

de toda Roma, que se entrega á mí, ahora que yo no puedo ir á ella!

Con un gesto hacia la ventana ocultó el embarazo, el ligero rubor que coloreaba su rostro cada vez que de aquella manera disculpaba á su hijo, sin querer decir la verdadera razón, el escrúpulo de probidad que le hacía permanecer con testarudez en su instalación de pobre.

—Pero si esto está muy bien, si es soberbio,—declaró Pedro para complacerle.—¡Soy tan dichoso yo también por veros al cabo! ¡Qué feliz me considero al estrechar esas valientes manos que han hecho tantas cosas grandes!

Con un nuevo gesto pareció Orlando querer apartar el pasado.

—¡Bah! Todo eso concluyó y está enterrado... Hablemos de vos mi querido amigo, de vos tan joven que sois el presente y hablemos pronto de vuestro libro que es el porvenir. ¡Ah! ¡Si supiéseis cuánto me hizo encolerizar al principio vuestro libro *Nueva Roma*!

Y entonces se reía cogiendo el libro que precisamente se hallaba al alcance de la mano, sobre la mesa, y palmeando sobre la manta con su gran mano de coloso, añadió:

—¡No! ¡No es posible que os imaginéis con qué sobresaltos de protesta lo leí! ¡El papa y vuelta con el papa, y siempre el papa! ¡La Roma nueva por el papa y para el papa! ¡La Roma triunfante de mañana gracias al papa, entregada á éste y confundiendo su gloria en la gloria del papa! ¿Y bien? ¿Y nosotros? ¿Y la Italia? ¿Y todos esos millones que hemos gastado para hacer de Roma una gran capital? ¡Ah! Es preciso ser francés, y por añadidura francés de París, para escribir semejante libro. Habéis de saber, mi querido señor, por si lo ignoráis, que Roma ha llegado á ser la capital del reino de Italia, que aquí está el rey Humberto y que están los italianos, un pueblo que cuenta, os lo aseguro, que quiere guardar para sí Roma la gloriosa, la resucitada!

Aquella fuga juvenil hizo reír á Pedro á su vez.

—Sí, sí, me habéis escrito eso,—dijo.—Solamente, ¡qué importa todo eso bajo mi punto de vista! Italia no es más

que una nación, una parte de la humanidad y yo quiero el acuerdo, la fraternidad de todas las naciones, la humanidad reconciliada, creyente y feliz. ¡Qué importa la forma de gobierno, monarquía ó república! ¡Qué importa la idea de la patria una é independiente, si no hay más que un pueblo libre que vive de justicia y de verdad!

De esos gritos de entusiasmo, Orlando no retuvo más que una palabra, y con voz más baja replicó con aire pensativo:

—¡La república! Allá en mi juventud la deseé con todo el ardor de mi alma. Por ella me batí y conspiré con Mazzini, un santo, un creyente que se estrelló contra el absolutismo. Y después, ¿qué? Ha sido necesario aceptar las necesidades prácticas y hasta los más intransigentes se han resellado, ¿nos salvaría hoy la república? En todo caso no se diferencia mucho de nuestra monarquía parlamentaria; ved lo que pasa en Francia. Entonces, ¿á qué arriesgar una revolución que haría que el poder fuese á manos de los revolucionarios extremos, de los anarquistas quizás? Tememos nosotros todo eso y he ahí explicada nuestra resignación... Sé muy bien que algunos ven la salvación en una federación republicana, todos los antiguos pequeños estados convertidos en otras tantas repúblicas que Roma presidiría. El Vaticano podría ganar quizás muchísimo con la aventura. No se puede decir que trabaje; pero sí que considera sencillamente esa eventualidad sin desagradarle; pero todo eso es un sueño, ¡nada más que un sueño!

Recobró su alegría y hasta un destello de tierna ironía.

—¿Os figuráis cuál es la causa de lo mucho que me sedujo vuestro libro? Porque, á pesar de mis protestas, os leí dos veces... Es que casi, casi, habríalo podido escribir Mazzini. ¡Sí! Encontré mi juventud, toda la loca esperanza de mis veinticinco años, la religión de Cristo y la pacificación del mundo por medio del Evangelio. ¿Sabíais que Mazzini había querido mucho tiempo antes que vos la renovación del catolicismo? Separaba el dogma y la disciplina y no dejaba más que la moral. Y era la Roma nueva, la Roma del pueblo la que daba por Sede á la Iglesia universal en la que debían fundirse todas las iglesias del

pasado. Roma, la Ciudad Eterna, la predestinada, la madre y la reina cuya dominación renacía para dicha definitiva de los hombres. ¿No es cosa curiosa que el neocatolicismo actual, el vago despertar espiritualista, el movimiento de comunidad, de caridad cristiana, conquie todo lo que se ha metido tanto ruido ahora no sea más un retorno á las ideas místicas y humanitarias de 1848? Mas ¡ay! yo he visto todo esto, he creído en ello y he combatido y sé á que lindo *batiburrillo* nos han conducido esos revoloteos hacia el azul del misterio ¡qué queréis! No tengo confianza en ello.

Y cuando Pedro iba, á su vez, á entusiasmarse y á contestar, se lo impidió.

—¡No! Dejadme concluir. Quiero que quedéis bien persuadido de la necesidad que teníamos de apoderarnos de Roma, de convertirla en la capital de Italia... Sin Roma, la nueva Italia no podría existir. Era la antigua gloria que encerraba entre su polvo la soberana potencia que queríamos restablecer y daba á quien la poseía, la fuerza, la belleza, la eternidad. En el centro del país era su corazón y debía convertirse en su vida en cuanto despertase del prolongado letargo de sus ruinas. ¡Ah! ¡Cuánto la hemos deseado en medio de las victorias como de las derrotas, durante tantos años de cruel impaciencia! Yo la he querido más que á mujer alguna, con la sangre enardecida y desesperado al envejecer. Y cuando estuvo en nuestro poder fué nuestra locura la de quererla fastuosa, inmensa, dominadora é igual á las otras grandes capitales de Europa, Berlín, París, Londres... Miradla, es aun mi único amor, mi único consuelo, hoy que estoy muerto y no tengo vida más que en los ojos.

Con el mismo gesto de antes señaló la ventana; Roma, bajo el inmenso cielo, se extendía hasta lo infinito, dorada y empurpurada por el sol oblicuo. Muy á lo lejos los árboles del Janículo cerraban el horizonte con su verde cintura, de un verde límpido de esmeralda, mientras que la cúpula de San Pedro, más á la derecha, tenía la azulada palidez del zafiro, apagado en medio de una luz tan viva. Seguía después la ciudad baja, la antigua ciudad roja como recocida por siglos de ardientes estíos, tan agradable

á los ojos, tan hermosa con la vida profunda del pasado, un caos sin límites de techos, de veletas, torres, cúpulas y sus linternas. En el primer término, bajo la ventana, veíase la ciudad nueva, la que estaba construyendo hacía veinticinco años, grandes cubos de albañilería amontonados, yesosos aun, y á los que ni el sol ni la historia habían ennegrecido con su patina. Sobre todo, los techos del colosal ministerio de Hacienda, mostraban desastrosas estepas, infinitas y abotargadas, y de una fealdad cruel. Y era sobre esa desolación de las nuevas construcciones, sobre la que por último se fijaron las miradas del veterano soldado de la conquista.

Hubo un momento de silencio. Pedro acababa de sentir pasar el frío de la tristeza oculta, no confesada, y esperó con mucha cortesía.

—Os suplico me perdonéis por haberos impedido contestar,—añadió Orlando,—pero me parece que no podremos hablar con provecho de vuestro libro, mientras no hayáis estudiado más de cerca á Roma. ¿Estáis aquí desde ayer, no es así? Pues bien, recorred la ciudad, miradlo todo, examinadlo, preguntad, y creo que muchas de vuestras ideas cambiarán. Espero más que nada vuestras impresiones acerca del Vaticano, puesto que vinsteis únicamente para ver el papa y defender vuestro libro contra el Índice. ¿A qué discutir hoy, si los hechos mismos se encargarán de llevaros hacia otras ideas y lo lograrán mejor que yo aun cuando emplease los más elocuentes discursos del mundo?... Quedamos, pues, en que volveréis y sabremos entonces de lo que hablamos y tal vez nos pondremos de acuerdo.

—Sois muy bueno para mí,—contestó Pedro.—Hoy no vine con más objeto que el de daros una prueba de mi gratitud por haberos dignado leer mi libro y con el de saludar en vos á una de las glorias de Italia.

Orlando no le escuchaba, absorto y con las miradas fijadas en Roma. No quería que le hablasen de ella y á pesar suyo, dominado por su secreta inquietud continuó haciéndolo en voz baja, como impulsado á una involuntaria confesión.

—Hemos ido sin duda demasiado deprisa. Se han he-



cho gastos de utilidad indispensable, como son las carreteras, los puertos, los ferrocarriles. Y ha sido preciso también armar al país, y al principio no desaprobé los grandes gastos militares... pero en seguida ese aplastante presupuesto de la guerra, de una guerra que no ha venido, nos arruinó con su espera. ¡Ah! Siempre fui yo amigo de Francia y no la echo en cara el no comprender la situación en que nos habían colocado la excusa vital que teníamos al aliarnos con Alemania; ¡y esos millones tragados por Roma! Y fué que aquí sopló la locura y hemos pecado por entusiasmo y por orgullo. En mis meditaciones de hombre anciano y solitario, fui uno de los primeros que ví el abismo, la tremenda crisis financiera, el déficit en que iba á hundirse la nación. Lo grité á mi hijo, á cuantos me rodeaban; pero ¿para qué? Nadie me escuchó, todos estaban locos comprando, revendiendo, construyendo entre el agio y la quimera... Ya veréis... ya veréis... Lo peor es que nosotros no tenemos aquí como vosotros en vuestro país, la población densa de los campos, una reserva de dineros y de hombres; un ahorro siempre dispuesto á tapan los agujeros causados por las catástrofes. Entre nosotros la ascensión del pueblo, nula aun, no regenera la sangre social con un contingente de hombres nuevos; ¡el país es pobre y no tiene ninguna media de lana que vaciar! Es preciso confesar que la miseria es horrible. Aquellos que tienen algún dinero, prefieren comerse modestamente en ciudades poco populosas, antes que arriesgarlo en empresas agrícolas ó industriales. Las fábricas se levantan con mucha lentitud, y la tierra sigue cultivándose en muchas partes con el mismo procedimiento bárbaro de hace dos mil años... Y ahí está Roma... Roma, que no hizo Italia, que ésta convirtió en su capital por su ardiente y único deseo, Roma que no es siempre más que la espléndida decoración de los siglos, Roma que no nos ha dado aún más que el brillo de esa decoración con su población papal degenerada, henchida de orgullo y holgazanería. ¡La amé mucho, la amo aún para que me pese el estar; pero ¡gran Dios! ¡qué locura nos contagió y cuántos millones nos cuesta! ¡Y cuán grande es su peso triunfal bajo el que nos aplasta! ¡Mirad! ¡Mirad!

Y eran los techos inmensos del ministerio de Hacienda, la inmensa desolada estepa lo que señalaba, como si hubiese visto la cosecha de la gloria segada en hierba, la horrenda desnudez de la amenazadora bancarrota. Veláronse sus ojos con lágrimas contenidas y estaba soberbio con su actitud de esperanza quebrantada, de inquietud dolorosa; con su enorme cabeza de león viejo encanecido, en adelante impotente, inmóvil en aquella habitación tan desnuda y clara, de una pobreza tan altanera que semejaba á una protesta contra la riqueza monumental de todo el barrio, ¡era allí donde estaba el que había hecho la conquista! ¡Y estaba allí anonadado é incapaz de dar de nuevo su sangre y su alma!

—¡Sí, sí!—exclamó con un grito postrero.—Se dió todo, corazón y cabeza, la vida entera, mientras que se trató de crear una patria independiente y unida; pero hoy que la patria está hecha, ¡entusiasmos para reorganizar sus negocios! ¡Eso no es un ideal, no! Y por eso sucede, que mientras se mueven los viejos, no se presenta ni un hombre nuevo que valga entre los jóvenes.

Detúvose bruscamente y un poco cortado, sonriéndose de su ardor.

—Dispensadme, me lancé otra vez, soy incorregible... Es cosa convenida, dejemos ese asunto, volveréis otro día y hablaremos cuando lo hayáis visto todo.

Desde ese momento se mostró sumamente amable, y Pedro comprendió al verse tratado con tanto cariño y seducción invasora, que le pesaba el haber hablado tanto. Le suplicó que permaneciese mucho tiempo en Roma, para que no la juzgase tan deprisa y para que se convenciese de que en el fondo Italia amaba á Francia, y deseaba que quisiesen á Italia, y experimentaba una ansiedad verdadera á la idea de que tal vez no la querían. Lo mismo que, durante la víspera, en el palacio Boccanera, adivinó el presbítero que trataban de hacer coacción sobre él para obligarle á la admiración y á la ternura. Italia, como una mujer que comprende que no es hermosa, dudando de sí misma y susceptible, inquietábase por la opinión de los que la visitaban y hacía esfuerzos para conservar, á pesar de todo, su amor.

Cuando Orlando supo que Pedro se hospedaba en el palacio Bocconera, se apasionó de nuevo, é hizo un gesto de viva contrariedad al oír llamar precisamente en aquel mismo momento á la puerta. Al mismo tiempo que ordenaba que entrasen, obligó á Pedro á quedarse.

—No, no os marchéis aún, quiero saber...

Entró en la habitación una señora que había pasado de los cuarenta, pequeña y redonda, linda aun, con sus rasgos diminutos y sus amables sonrisas ahogadas por la gracia. Era rubia y tenía los ojos verdes, de una limpidez de agua de fuente. Vestía bastante bien, llevaba un traje color reseda, elegante y sencillo, y parecía tener un aire agradable, modesto y sencillo.

—¡Ah! ¡Eres tú, Stefana!—exclamó el anciano y dejó que le besasen.

—Sí, tío, pasaba por aquí y quise subir á ver cómo seguáis.

Era la señora Sacco, una sobrina de los Prada, nacida en Nápoles de una madre oriunda de Milán y casada con el banquero napolitano Pagani, quebrado más tarde. Después de la ruina habíase casado Stefana con Sacco, que por entonces no era más que un modesto empleado de correos. Desde aquella época Sacco, que deseaba rehabilitar la casa de banca de su padre político, se lanzó á hacer negocios terribles, complicados y bastardos, al cabo de los cuales consiguió que lo eligiesen diputado. Desde que había ido á Roma para conquistarla á su vez, habíale tenido que ayudar su esposa en su devoradora ambición, vistiendo bien y abriendo un salón, y si bien se mostraba aún un poco torpe, prestábase sin embargo servicios que no eran para desdeñados. Mostrábase muy hacendosa, económica y prudente, cuidando de todo como buena ama de casa, con todas las excelentes y sólidas cualidades de la Italia del Norte, heredadas de su madre y que maravillaban al lado de las turbulencias y abandonos de su marido, en el que la sangre del mediodía flameaba con su rabia inextinguible de apetitos.

A pesar de su desprecio hacia Sacco, conservaba el anciano Orlando algún cariño á su sobrina en la que encontraba su sangre. La dió las gracias y en seguida la habló

de la noticia que daban los periódicos de la mañana, sospechando con fundamento que el diputado le había enviado á su mujer para conocer su opinión.

—¡Y bien! ¿Qué hay? ¿Y ese ministerio?

Stefana estaba sentada y no se apresuró, mirando los periódicos que había sobre la mesa.

—¡Oh! Aun no se ha hecho nada y la prensa ha hablado demasiado deprisa. El presidente del Consejo llamó á Sacco y han hablado. Sólo que han vacilado mucho, pues teme no tener aptitud para el ministerio de Agricultura. ¡Ah! ¡si fuese en Hacienda! Y además, no habría tomado ninguna resolución sin consultaros antes ¿qué os parece, tío?

La interrumpió haciendo un gesto violento.

—¡No! ¡No me mezclo en nada de eso!

Era para él una abominación desde el principio hasta el fin el rápido encumbramiento de Sacco, de un aventurero, de un busca negocios que siempre había pescado en río revuelto. Era cierto que lo sucedido con su hijo Luigi le desconsolaba, cuando pensaba en que este ocupaba su gran inteligencia, sus cualidades buenas y aun no era nada, mientras que Sacco, aquel vividor, aquel hombre siempre ávido de goces, después de haberse metido en la Cámara, estaba en camino de apoderarse de una cartera ministerial. Un hombrecillo moreno y seco, con grandes ojos saltones, la barba prominente y cuya fuerza toda estaba en la voz, una voz admirable de potencia y de dulzura. Y además era insinuante, aprovechándose de todo, seductor y dominador.

—Oye, Stefana, dile á tu marido que el único consejo que puedo darle es que vuelva á ocupar su antiguo destino en correos, en donde podrá quizás prestar algunos servicios.

Lo que ofendía y desesperaba al veterano de la independencia, era que un hombre tal como Sacco, cayese como bandido sobre Roma, en esa Roma cuya conquista había costado tan grandes y nobles esfuerzos. Y á su vez Sacco la conquistaría, arrebatándola á aquellos que la habían ganado con tanto esfuerzo, y mientras tanto la poseía, pero para gozar, para saciar su ansia desenfadada